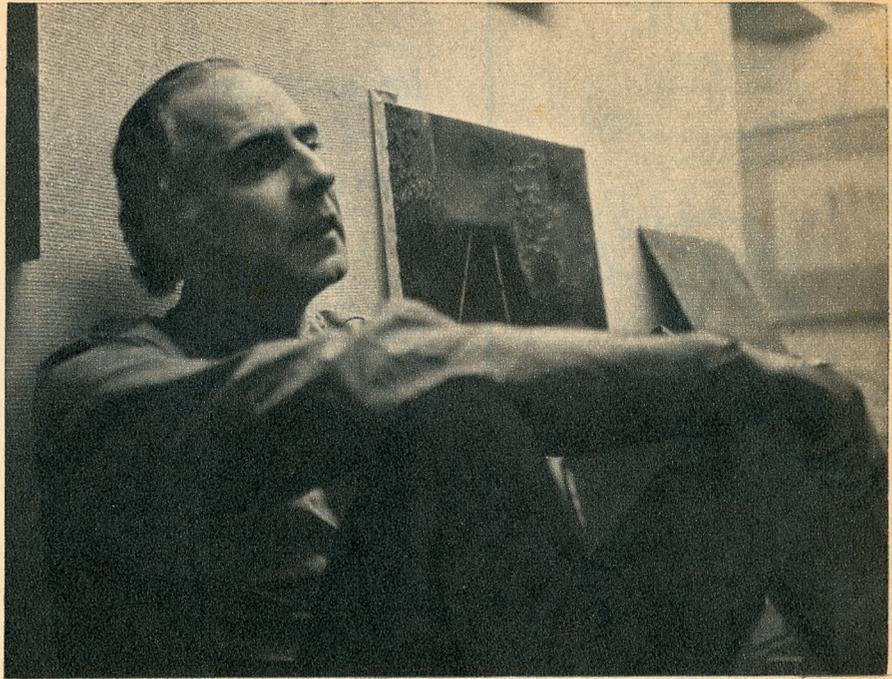


VOLUMENES DE la ciudad, la arquitectura junto al hombre. El individuo sin cara, un número en una multitud, junto a los inmensos edificios. Nueva York es color cemento, color asfalto.

—Mis pinturas tienen que ser negras y grises. No podrían ser rosadas —afirma el artista—. Es la vida sin color de esa gente. No es un proceso consciente. Tomo el color y lo pinto negro.

Nemesio Antúnez es un hombre sensitivo. Externamente tranquilo y sereno, se pone nervioso cuando expone sus cuadros: "Es lo muy íntimo que se va a mostrar. Son imágenes que vienen de una experiencia vivida". Sus manos se entrelazan y desenlazan en movimientos continuos. Habla en forma mesurada, pero su vida interior e inquietud se sienten en los matices.

Piensa que no podría ser sólo pintor; la dualidad siempre se produjo: antes que todo estudió arquitectura, obteniendo el Master en la U. de Columbia. Es un pintor autodidacta. Sus únicos estudios fueron de grabado. En 1953 volvió a Chile fundando el "Taller 99". Fue



NEMESIO ANTUNEZ

El medio siglo hace tomar conciencia del tiempo.

Antúnez: pintor autobiográfico

su maestro y le dio un gran impulso al grabado en el país. Luego fue director del Museo de Arte Contemporáneo y ahora, siempre artista, es Agregado Cultural en USA.

Oleos y tejidos.— La exposición no es sólo de los óleos de Antúnez. Su mujer, Patricia Velasco (boliviana), presenta sus formas tejidas, esculpidas y pintadas al telar. Se integran el arte contemporáneo con las raíces de la artesanía textil precolombina.

—Ella me ha creado todo un clima de trabajo. En Nueva York pinto muchísimo. Se me exige. Hay que rendir y superarse.

Muchos chilenos que han salido vuelven, "mostrando" lo que se hace fuera. "Esta es la minifalda que se está haciendo. No creo en eso. Yo voy siempre tras lo mío. Hay que sacar lo de adentro, aunque no se esté a la moda. Si se quiere seguirla, siempre se va a estar atrás. Si no uno está a la moda."

Pinta lo que ha visto y vivido. Si le

gusta un charco lo elabora y lo va asimilando, dándole forma propia:

—Hay gente para quienes mis cosas son abstracciones. Yo no lo siento así, pues siempre parto de una imagen; va evolucionando hasta que adquiere una forma más separada de la realidad. Nunca me he preocupado de saber qué significa o por qué me sale así. Brota de acuerdo a uno y a lo vivido. Por eso digo que mi pintura es autobiográfica.

—Yo soy yo: un tipo de la cordillera de los Andes con los recuerdos de Chile que he mutado en altos lagos y volcanes transparentes. La arquitectura y el grabado me han enseñado a pintar y ver las cosas, y mi plástica está al servicio de la poesía, de lo lírico.

Series.— En general, Antúnez hace series: manos y puños que fueron sus primeros óleos, bicicletas, volantines, mantelitos a cuadros, cielos, paisajes, piedras, "mirar de frente al sol".

Es un enamorado de la poesía. Ha ilustrado obras de Neruda, Wilde, Gins-

berg, Parra y otros. Cuando le gusta una cosa la relee y puede ilustrarla fácilmente.

Comenzó acuarelando en el San Cristóbal en sus clases de Arquitectura. Se sintió feliz y eufórico: "Descubrí que era lo único que me gustaba".

Le encanta comer y beber. "Soy un sensual escondido— expresa sonriendo—. Soy muy dependiente de la amistad y el amor".

Piensa que el chileno y el latinoamericano son más sensibles a la belleza y al arte que otra gente, por una cuestión de temperamento. Cuenta que en una visita del escultor Norman Carlberg, ambos admiraban la puesta de sol y la transparencia del aire. "Si un norteamericano hablara así, se le consideraría raro", le expresó Carlberg.

El retrato de Nueva York, serie actual (Galería Carmen Waugh), consta de 51 telas, todas de 1968. Hay una de sólo 20 por 20 centímetros: "En las telas chicas hay más relación con el hombre, hay una especie de ternura. En las grandes, el espectador tiene que meterse; es casi uno de ellos". Sus telas son de todos tamaños, hasta un metro y medio.

Su obra se encuentra en numerosos museos. Ha realizado exposiciones en numerosos países. A los 50 años, piensa que el medio siglo "lo hace a uno tomar conciencia del tiempo. Es un acto de contrición perfecto. El reloj te dice que son las 6: es hora de recapacitar". ■